

CATEGORÍAS DEL TRABAJO

Artículo de Juan Francisco Giacobbe
Publicado en la revista *Dinámica Social* n°56 abril 1955

Desde sus orígenes hasta hoy, la humanidad se divide en dos clases de seres: los que sobrellevan el trabajo como una maldición y los que lo aceptan como una salvación. Para unos será una amargura perenne; para otros una esperanza continua. Y por natural consecuencia, para los primeros la materia será siempre una enemiga a la que hay que destruir, mientras que para los segundos la materia será un misterio al que hay que develar.

De allí nace el doble concepto social del esclavo y del trabajador, que estará siempre sometido al poder terrible de la materia porque no consigue dominarla, ya que todo su ser está oscurecido por la obcecación de la ignorancia, que es la única maldición en la acción humana.

Del trabajador que progresando en sí mismo, con la herramienta pensante de la inteligencia, trata de descubrir los secretos del orden que rige a la materia y la vence, reordenándola al servicio de una nueva función que sirva por igual al bien de la materia y al bien del hombre.

Desde época inmemorial *el esclavo* (a quien la ignorancia hace sirviente de la materia) no podrá vivir de lo que hace y tendrá que recurrir al *salario*, es decir, a un pago que representa lo que a él le falta, que es el *gusto* por la acción en la transformación de la materia. Desde época inmemorial, la humanidad cumple esta terrible ley de reconocer en los asalariados a los esclavos del mal gusto y en la labor subalterna y maldita, que nace y muere en la mala voluntad del individuo.

De modo opuesto, y también desde época inmemorial, el *trabajador*, a quien la inteligencia aplicada al fin de su acción le confiere la posibilidad de ser *productor* o por lo menos *re-productor*, aspira, lucha, quiere, triunfa o sucumbe noblemente por vivir en, con, por y de *su obra*.

Vitalmente, estas dos categorías sociales (que son las dos únicas categorías históricas existentes entre los hombres) se manifiestan realmente en dos tipos de seres:

- a) los que detestan al trabajo y tratan de eliminarlo con la astucia y la mentira.
- b) los que aman el trabajo y tratan de defenderlo con el ideal y la dedicación.

Saliendo de estas dos categorías surgen las dos tendencias del espíritu humano:

- a) los que polemizan siempre sobre las leyes de salario y entretienen en ello su acción sin realizar nunca nada concreto;
- b) los que tratan de saber cómo y porqué se hacen las cosas, buscando igualar o superar lo ya hecho, y realizando lo mejor y lo más dignamente posible.

Y en estas dos categorías se limitan las dos tendencias opuestas de la producción humana divididas en las dos grandes secciones de:

- a) los que aspiran al materialismo de la cantidad.
- b) los que aspiran a la justicia de la calidad.

Los primeros - los cuantitativos - confunden ignoradamente obra con número, a la par que tratan de convencerse y de convencer que, cualquier objeto mecánico es "producción", promoviendo con ello al hombre-máquina que da origen a la acción en serie y de allí, al trabajo masificado, que excluye la acción individual, y con ello anula la *responsabilidad de conciencia*. Es en esta tendencia que el hombre se hace anónimo en

su trabajo así esté inscripto en todas las agremiaciones que existan. En tales condiciones, el que trabaja sabe en el secreto de su corazón y de sus nervios, que su sudor no tiene firma y que su colaboración no tiene reconocimiento. Es el agente anónimo de una producción anónima de la cual nadie se responsabiliza, y por más buena paga que perciba, tal paga no será *estipendio* sino *salario*, y albergará en el secreto de su ser la amargura de la sal pura. El resentimiento invadirá su intimidad, el trabajo se hará maldición en su actividad, y de allí surgirá, como un fruto de discordia o de indiferencia la polémica.

En tales casos, el trabajo ya no será una *necesidad vital*, sino una imposición a la que hay que discutir, desintegrar y evitar. Pero entre tanto, como el imperativo de la vida tiene una sola ley para la mutua subsistencia: *producir*, el trabajo deberá cumplirse de todos modos, debiendo realizarse en el menor tiempo, lo más posible, descuidando la única parte real de la producción, su *utilidad* verdadera que surge de la *calidad*.

En tales casos la maldición del trabajo se produce tanto en el agente como en la producción, y los dos demuestran su mancha original: la falta de amor en la realización de la obra.

En esta categoría de los asalariados cuantitativos no hay que poner a una sola jerarquía social y suponer que solamente los masificados ante las máquinas pueden pertenecerle, sino que, desde el magistrado chicanero que trata de esquivarle el cuerpo a la inteligencia activa de la ley, hasta el portero leguleyizado que se pasa el tiempo rebuscando en las ordenanzas municipales cómo podrá esquivar su ser al servicio social, pasando por el catedrático, el profesor, el maestro, el empleado y el dependiente, que en vez de aplicarse a su fin específico se derivan hacia las chicanas periféricas de la acción, tratando de explicarse y de explicar al mundo la única injusticia que los anima la de : *poseer mucho haciendo poco*, o la de, *hacer mucho haciendo pronto*, todos ellos son asalariados por igual, aunque unos vistan togas y galones, otros se sienten en las cátedras y los más pisen la tierra dura, todos lucen por igual la librea de la esclavitud, ya que el trabajo en ellos o es una condena, o una burla, o una ficción, y hay que realizar: *todo, pronto y mucho*, a “como salga”.

Trabajar no significa especular con mayor o menor fortuna sobre la ganancia del esfuerzo de los demás, sino emplear la propia inteligencia en una acción de la materia trabajada, sea cual fuere, que aparezca dignificada por la labor del individuo.

Por premio y aún más, por una ley ineludible de la necesidad de *autonomía*, de la propia conciencia, surge la ley real y absoluta que: no puede haber trabajo colectivo si no hay *unidad* de inteligencia individual.

El socialismo de pacotilla y el sentimentalismo de una barata “fraternidad” han equivocado los términos de tal modo que, habitualmente, se confunde individuo con egoísta, e inteligencia con erudición. La verdad se enreda, los conceptos se hacen erróneos y la ignorancia triunfa. Hay que repetir hasta el hartazgo que el individuo es aquella *unidad conciente de acción* que, por respeto a la norma de su responsabilidad, respeta la autonomía de los demás tanto como la suya, poniendo en justa luz los valores activos de los otros en la convivencia social y administrando la libertad en su trabajo según sus posibilidades, deja a los demás la propiedad de sus respectivas libertades ejecutivas.

A la par de ello hay que insistir que el egoísta es aquel que queriendo ser la *única unidad personal* que sabe actuar, lucha con todos sus medios para que los demás vivan tan solo como *suma insignificante* (“comunización”, masificación), o como *ceros a su derecha* (valor del esfuerzo anulado en el anonimato), sacando de ambos casos como

conclusión vital que el trabajo individual valoriza al hombre por sí y a los individuos socialmente trabajadores, personificándolos en la unidad de la acción productiva, mientras que la masificación rebaja y confunde a todos por igual para presentar la mistificación de *uno solo* o la de *ninguno*.

Se deduce de ello que no puede haber noción de *conciencia colectiva* en el trabajo si no hay *verdad de conciencia individual*, y que el producto de una conciencia colectiva será tanto más perfecto cuanto más armonía, compenetración y colaboración haya en los ejecutantes sociales.

Tal como sucede en el coro y en la orquesta, en la acción social *se necesita una idoneidad perfectamente probada y estrictamente graduada* para llegar a obtener una ejecución de calidad.

Un solo cantante desafinado arruina la acción de cien entonados, así como si un timbal no sabe rectamente el solfeo, tira abajo a la orquesta más capaz. Es en el trabajo colectivo en donde más se demuestra el mérito de la individualidad que pone toda su capacidad al servicio de la obra de conjunto, así como ésta es la resultante de las individualidades que, con capacidad de acción, realizan, conscientemente, un hecho de calidad.

Por eso el trabajo del egocentrista esclaviza, mientras el del individualista, al dar autonomía, justifica el grado de merecimiento de cada operario.

De allí que desde el comienzo del género humano hasta hoy y hasta que el género humano perdure, el hombre no tenga sino una sola misión íntima y misteriosa, profunda o heroica a la vez. Esta misión no es la de vencer, o la esclavizar, o la de aniquilar a la materia, sino la de comprenderla, armonizarla, justificarla y amarla.

Hacerla amiga y benefactora de la vida.

Esta amistad, este bienestar, esta armonía con la materia no se consiguen sino con el *trabajo inteligente*, con el trabajo redimido y conducido al grado sagrado de un *misterio humano* y no una maldición social.

Solamente así la producción del hombre será buena, bella y útil, y adquirirá la calidad suficiente para durar o para perdurar.

Pero para ello, desde el comienzo del género humano hasta hoy y hasta siempre, el trabajo, como un *inteligente misterio* debería aplicarse a una sola fatiga: **ESPIRITUALIZAR LA MATERIA PARA ESPIRITUALIZAR LA VIDA.**

Cuando el trabajo espiritualiza a la materia y la hace de inerte, amorfa, enemiga que es, buena, bella y útil, la producción vence al tiempo y la sociedad se hace histórica, y aunque el hombre que trabajó y produjo esté en la fosa, y su nombre se hunda en el olvido de los muertos, sus obras lo nombrarán sobre la tierra despertando la admiración y el agradecimiento en el corazón de los vivos, mientras que la inteligencia, el amor y el saber con que sus manos plasmaron la materia lo tendrán presente en los objetos que hizo ante las estrellas.

Para ello, la historia nos enseña con una fatalidad invariable que el hombre no tendrá que ser exclusivamente ni asalariado, ni obrero, ni técnico, ni oficial, ni maestro, ni profesor, ni artista, ni magistrado, ni sacerdote, ni nada que significando una fatiga excluya la libertad de la invención, como tampoco aquello que significando una ordenanza coarte la alegría de afirmar la propia individualidad productiva, enseñándonos por el contrario que cada ser deberá tener en cada uno de los grados y de las expresiones de la acción, con la nobleza y la novedad que el título otorga, una sola condición, la de ser: *UN ARTESANO*. Solamente así la producción humana, en la infinita variedad de sus tipos, tendrá calidad.